

cogidos de admiración y gratitud: grande eres ¡oh Maestro! á quien el viento y mar obedecen. No en vano hacen eco á los discípulos los asombrados remeros, y se dicen unos á otros: ¿Quién será este hombre á cuya voz se sujetan los elementos; que manda, y es obedecido por las aguas; que ordena, y es escuchado por el viento?

*Quis est hic, quia venti et mare obediunt ei?*

## II

Jesucristo, como es bien sabido, no sólo con las palabras predicó su doctrina; sino que á cada acción, á cada suceso del Evangelio añadió un significado especial. Así es que la tormenta en el mar de Galilea fué, no sólo para probar la fé de los que con él se embarcaron, sino para sustentar la nuestra igualmente; no sólo para mostrar su poder á los que entonces le seguían, sino para dar también á las generaciones venideras una prueba de su omnipotencia. La barquilla á que convida á sus predilectos significa la Iglesia; las ondas del agitado lago son el tipo del mar borrascoso del mundo; y los vientos, de los espíritus infernales y de los perseguidores de todos los siglos. La súbita borrasca, el sueño de Jesús, la tranquilidad repentina, sus imperiosas órdenes y amenazas, no son sino una serie de cuadros en que se representa á lo vivo la historia de la misma Iglesia, sus persecuciones y luchas, la protección de Dios, y los triunfos que su Providencia prepara.

Terrible fué la primera tormenta suscitada contra la Iglesia naciente. No un día ni un año duró la tenaz per-

secución del poderoso Paganismo contra los discípulos de Jesús. El Imperio Romano, ese coloso sin igual en la historia, declaró su enemiga á la recién fundada sociedad; y para encubrir con el manto de la Ley una guerra tan injusta como odiosa, proclamó reos de alta traición á los que se acogían al estandarte del Crucificado. ¡Cuánta sangre se derramó, cuántas vidas fueron inmoladas, cuánto estrago y cuánta destrucción desoló al Rebaño de Cristo. Rodaban las cabezas de Pontífices y Prelados; se atormentaba á tiernas niñas y á débiles ancianos; nada valía el poder, la riqueza, la influencia para salvar á un cristiano de manos de sus verdugos. Era una conspiración universal para sofocar á la Iglesia en su cuna, y el Divino Fundador parecía dormir, abandonando á los suyos en poder del paganismo triunfante. Pero habiéndolos probado ya trescientos años, y hallado á sus escogidos dignos del Maestro, se incorporó cual en Tiberiades, y dijo al mar del agitado gentilismo: *Tace, obmutesce*. A su voz irresistible calló para siempre ese mónstruo, y surgiendo Constantino, vino por vez primera la tranquilidad y la calma. *Et facta est tranquillitas magna*.

No se hizo la paz para los discípulos de Jesús. A los atletas de la Fé daña la ociosidad y el reposo, y no tardó el Señor en permitir que nuevas tempestades surgiesen en el piélago del mundo, que apenas acababa de sosegarse. Una tras otra vinieron las herejías; y aunque en breve referimos su historia, y basta un instante para narrar su nacimiento y su muerte, ¡ah! no creáis que fué breve ni despreciable su asolador imperio. En cada tormenta parecía dormir el Señor; en cada lucha clamaban

á Él sus escogidos, y parecía sordo á sus ruegos; en cada combate desertaban muchísimos, presa de profundo desaliento, y el celestial Caudillo no daba muestras de afectarse del peligro de los suyos. Pero llegado el tiempo salía de su aparente sueño, y calmaba vientos y tempestades. *Tace, obmutesce* clama; y el Arrianismo abandona sus conquistas. *Tace, obmutesce*, repite; y los secuaces de Pelagio, y de Nestorio, y de Eutiques desaparecen de la tierra; *tace, obmutesce*, se escucha cada vez que una nueva herejía agita al mundo, y la tranquilidad se restablece instantáneamente. *Et facta est tranquillitas magna*.

A las tempestades de la herejía se añaden las tormentas del cisma. ¡Oh Dios! ¿Cómo podrá seguir su curso la nave combatida no sólo por los elementos de fuera, sino con la vela desgarrada en jirones por sus propios tripulantes? Cismas en Oriente, cismas en Occidente: defecciones por donde quiera, aun en esa isla llamada por excelencia la Isla de Santos. ¡Oh! ¿No perecerá esta vez la nave divina? ¿No habrá terminado aquí su misión en el mundo? ¡Ah, Hermanos míos! bien clamaron así muchos hombres sin fé y perecieron en el naufragio; pero á los que sinceramente acudieron al celestial Piloto, éste los socorrió en su amargura; y despertándose á tiempo, puso coto al cisma de Oriente, y reparó con usura los estragos de los diversos de Occidente, imponiendo á todos su ley sacrosanta, y restituyendo cada vez la tranquilidad á su Iglesia: *et facta est tranquillitas magna*.

Hoy nos hallamos en medio de una tempestad, terrible por cierto, pero no nueva en la historia del mundo; espantosa, sí, pero no por eso indomable; larga, no hay duda, pero no más duradera que muchas de las que han

precedido. La apostasía moderna tiene un carácter suyo propio. Hoy se verifica en todos los pueblos y todas las naciones lo predicho hace siglos por David: *astiterunt Reges terræ et Principes convenerunt in unum adversus Dominum et adversus Christum ejus*. Soberanos y Gobernantes, Reyes y Príncipes, divididos en intereses, hostiles entre sí, diferentes en religiones, en razas, en lenguas, han depuesto no obstante sus enemistades para formar contra Dios satánica liga; y levantándose como un solo hombre se han unido para hacer la guerra contra el Señor y contra su Cristo. No parece sino que el Infierno en su lucha colosal contra Dios, ha querido enmendar los errores de los siglos pasados, y dar á la Iglesia el golpe de gracia.

En efecto: si se trata de los asaltos al Supremo Jerarca en lo temporal, ved que huestes sacrílegas invaden la Ciudad Santa; pero no para permanecer pocos meses dentro sus muros, como el ejército de Carlos V, sino para plantar en ella largo tiempo sus tiendas. Si ajeno dueño usurpa al Pontífice títulos que no le competen sobre el patrimonio de la Iglesia Romana, no es para llevarlos pocos años, como el hijo del César Francés, sino para corroborar un poder, lenta, pero seguramente usurpado. Si volvemos los ojos á lo espiritual, los asaltos no son ya con vanos insultos y teológicas declamaciones, cual los de Enrique VIII y Lutero, sino de un modo lento, seguro, con apariencias de moderación, y escudados por una fuerza bruta, más poderosa y más irresistible en lo humano que la de los poderosos Emperadores de la antigua Roma. Y la guerra es tan universal y tan absoluta, que en vano busca el creyente un apoyo; y

mientras más gira en derredor del mundo, mientras más clama por socorro, más y más se convence de que nada tiene que esperar. Le sucede en el mar borrascoso del siglo XIX, lo que el Poeta latino gráficamente describe:

*Quocumque aspicias, nil est nisi pontus et aer;  
Nubibus hic tumidus, fluctibus ille minax.*

Si vuelve los ojos al horizonte, no se descubre ni un faro, ni un islote, ni la cumbre de una montaña, ni el mástil de otra nave; si se dirige al cielo, no le sonríe una estrella, ni ve más luz que la del relámpago aterrador, que brilla instantánea entre los negros nubarrones; y debajo ruge espantoso el mar agitado, cuyas olas ya sumergen la nave, ya la levantan, ya la hieren de costado, ya pasan sobre ella, y parecen á cada instante destrozarla.

¡Oh cielos! ¿Qué hacer en esta tempestad tan larga como terrible? ¿Será cierto, como nos gritan de otras naves, que ya en la barca de Pedro no es posible salvarnos; que su casco está podrido, su vela agujereada, roto el timón, apolillado el mástil? ¿Será preciso abandonarla y acogernos al mal forjado batel de la herejía, á la balsa del racionalismo, á la tabla del indiferentismo? ¿Será cierto que ya el tiempo del catolicismo ha pasado, y que el sacerdote de Cristo tiene que desaparecer de la tierra, como desapareció el sacerdote de Júpiter? ¿Qué hacer en tal conflicto; cómo salvarnos del naufragio? ¿No probaremos fortuna y, como tantos otros, saldremos de la barca de la Iglesia católica que tanto nos ha sacudido?

¡Ah, callaos, deteneos! Si estuviéramos en los primeros siglos de la Iglesia; si fuéramos nosotros los primeros

cristianos; si la barca á que por dicha nos hemos acogido acabara de armarse, entonces podríamos dudar, y quizá sería disculpable nuestra desconfianza; pero cuando tenemos tras de nosotros la historia de casi veinte siglos; cuando hemos visto á la Iglesia siempre combatida y siempre triunfante, y esto no por mera casualidad, no por una concatenación fortuita de extrañas circunstancias, sino en virtud de las profecías y promesas de su Divino Fundador, manifestada, no sólo cuando Él bajó á la tierra, sino desde la creación del mundo; cuando todo esto nos enseña la experiencia y nos declara la Revelación, ¿cómo será posible que vacilemos y temamos? Cristo duerme y se olvida de nosotros; pero, ¿no dormía en el lago de Tiberiades? ¿no dormía cuando el arrianismo? ¿no dormía cuando la invasión de los sectarios de Mahoma? ¿no dormía cuando el grande y largo cisma de Occidente? ¿no dormía cuando se le erigían altares á la diosa Razón? Y sin embargo, se despertó á la hora debida, y tornó la tranquilidad á la tierra: *et facta est tranquillitas magna*. Pues tened fé, que lo mismo acaecerá en la presente borrasca.

Examinad, si no, la nave que os contiene. ¿Qué le falta, qué averías ha sufrido, qué síntomas presenta de caducidad ó de vejez? Cien y cien borrascas ha pasado, y cada tormenta sólo ha servido para reforzarla, y, si así puedo expresarme, rejuvenecerla. ¿Tiene por acaso alguna rotura su vela? Por el contrario; renovada con ahinco y destreza, nunca ha sido más sólida que hoy día, en que ningún cisma la destroza, en que todo el episcopado forma un cuerpo compacto, que inflado por el Divino Espíritu, impele á la Iglesia por el rumbo que éste

señala. ¿No está íntegro el timón, desobedece acaso á la mano del práctico? ¡Ah! todo lo contrario. Reforzados con los recientes decretos del Concilio Vaticano, así el gobernalle como el Piloto rigen mejor y con más fuerza la nave de la Iglesia; y si es cierto que sus enemigos han mejorado de táctica con la experiencia de sus propias innumerables derrotas, también la santa Iglesia católica ha ganado con la experiencia de sus triunfos sin número.

¡Ah! Guardaos bien de abandonar esta nave preciosa; ella sola puede salvaros de la muerte. ¿Dónde está vuestra fé? os diré yo con Jesucristo. Duerme el Maestro, porque así nos conviene; duerme, para que nos aveemos al peligro; duerme, para que se robustezca nuestra fé; duerme, para que mejoren nuestras costumbres. Pero se levantará, no lo dudéis, apenas os volváis á Él por la penitencia, apenas le gritéis: Señor, tú solo eres la salvación, el camino, la verdad y la vida: Señor, perecemos; Señor, levántate á salvarnos; ¿por qué duermes dejándonos en tan grave conflicto? *Exsurge, quare obdormis, Domine? Domine, salva nos, perimus.*

## III

Hay en el mar algo más terrible que la tormenta; algo más aterrador que los vientos; algo más tremendo que luchar contra el aquilón. Los que tenéis experiencia en asuntos marítimos ya me habéis comprendido: es la calma, la calma prolongada, esa calma que el lenguaje náutico designa con la voz poco harmónica que todos conocéis.

Preguntad, preguntad á los innumerables patronos que arriban á vuestra playa, y todos os dirán de consuno que es preferible luchar contra los elementos desatados y furiosos, que contra esa calma invencible y desesperante en la inmensidad del Océano. ¡Cuán triste es entre los trópicos ver la propia nave quieta, tranquila, inmóvil, sin avanzar ni retroceder, sin que una brisa mueva sus caídas lonas, ni una ola acaricie su quilla! Y entretanto, el sol cae perpendicular sobre los desesperados marineros, y á uno tras otro postra la fiebre de amarillenta faz. Y falta el agua, y se escasean los víveres, y no aparece en el horizonte ni la extremidad de remoto mastelero que haga concebir alguna esperanza.

Y se tiende la vela de un lado, y se la vuelve de otro; pero ni el más ligero soplo viene á moverla. Y pasa un día, y llega otro, y despunta nueva aurora, y torna la noche, sin que se sienta el menor movimiento, ni se vislumbre el menor indicio de próximo cambio. Y entretanto la enfermedad y el hambre hacen estragos, y el único prospecto que se ofrece al afligido marinero es el de una muerte, no gloriosa, no luchando valientemente contra las olas, no sucumbiendo en honrosa lid contra los vientos, sino lenta, miserable, dolorosa, tendido sin auxilio en la inmóvil hamaca, ó arrojado como fardo en la sentina. Imaginad, si podéis, un cuadro más lúgubre, y decidme si no es preferible cien veces el aquilón con toda su furia, y la tempestad con todos sus horrores.

Pues lo mismo es en el mar de la vida. Nada es más repugnante ni más aterrador que la calma del indiferentismo. Contra la herejía, contra el cisma, contra el racionalismo, se lucha y se vence; pero contra el indiferentismo, ¿qué se puede hacer sino llorar y gemir de amarga desesperación? Desdichado el siglo en que reina esta plaga; desdichado el patrón de la nave á quien le toca navegar por un piélago sujeto á tal calamidad. ¡Y esta es la suerte que ha cabido á muchos de los enviados de Jesús, en la época presente; á muchos de los patronos de las barquillas inferiores, dependientes de la de Pedro, pero que bogan á cierta distancia de la nave capitana! ¡Oh qué situación tan desesperada la del jefe de una Iglesia particular en que reina el indiferentismo religioso! ¿Qué puede hacer el Pastor en tal conflicto? ¿Busca fieles á quienes dar el pasto de la doctrina saludable? No los tiene. ¿Busca adversarios á quienes combatir? No los

encuentra. Provoca, desafía, arguye; todo en vano: nadie responde. Todos caminan en pos de los goces sensuales, y el templo de Mammón es el único cuyo dintel atraviesan. Hay veces que se regocija, cuando algún enviado extraño viene á diseminar el error entre los suyos: *al menos, dice, se excitará el espíritu de controversia, se saldrá de esa indiferencia glacial que mata el entusiasmo más ardiente.* Pero nada: ni á la verdad ni al error se prestan dóciles oídos; y ni la religión de Cristo ni la religión de Satanás halla cabida, siempre que sea religión. ¡Y entretanto se camina á la muerte, se avanza sin saberlo á la perdición!

¡Oh Jesús, Supremo Pastor de las almas! Salva á mi grey de semejante desdicha; no permitas que jamás se adormezca en el letargo del indiferentismo. Mándanos luchas, mándanos vientos, mándanos tempestades; sabemos que contigo navegamos, y nada nos arredrará. Pero, por piedad ¡oh Señor! no alejes de nosotros á tu divino Espíritu, no permitas que venga á reinar en torno nuestro esa calma infernal que conduce á la destrucción. Dános, sí, después de las tormentas indispensables para probarnos, esa paz que el mundo no da, esa gran tranquilidad, *tranquillitas magna*, de Tiberiades, que viene del cielo, y hará que lleguemos al puerto de salvamento. Así sea.



## SERMÓN

PARA EL ÚLTIMO DÍA DEL AÑO, PREDICADO EN LA IGLESIA DEL COLEGIO  
DE NIÑAS DE MÉXICO, EL 31 DE DICIEMBRE DE 1865.